

Fernando Beresñak

DE NEWTON A SMITH

PRINCIPIOS Y LEYES DE LA ARMONÍA -POLÍTICA- DE LOS SENTIMIENTOS

I. INTRODUCCIÓN: ESTRATIFICACIÓN Y PRESENCIAS OCULTAS EN ADAM SMITH

Desde la Antigüedad que existen prácticas vinculadas a la filosofía de la naturaleza, tales como la cosmología, la astronomía y la astrología, que mantuvieron profundos lazos –aunque no siempre debidamente reconocidos– con otras esferas como la moral, la economía, la teología, el derecho y la política. La regularidad de los astros al interior de un sistema que se repite cíclicamente ofreció, desde siempre, un campo de estudio fructífero para indagar en lo que serían las conductas que atravesarían el mundo humano. No obstante ello, desde hace un tiempo que aquellos lazos son considerados “mezcolanzas” antiguas, poco eficaces para la producción del conocimiento moderno, y por ende ya superadas.

Pero como demostraremos, lejos de haberlas dejado atrás, y aunque deformados en algunos casos, y en otros nutridos de doctrinas ajenas al canon científico, ellas conviven con nosotros en los más recónditos escondites de los discursos y prácticas que construyen nuestro ordenamiento político actual. Es por ello que todas aquellas vertientes teóricas, más allá del encasillamiento disciplinar que se viene diagramando desde la Modernidad, constituyen de forma integral

un cofre sumamente interesante para pensar la política, ya sea sobre tiempos pasados, presentes o futuros.

En este trabajo comenzaremos a acercarnos a algunos de esos refugios teóricos en donde, a partir del surgimiento de la ciencia moderna, se tejieron específicos vínculos entre filosofía, economía y moral. Particularmente, nos concentraremos en aquellos que surgieron y se desplegaron en el recorrido que realizó la obra de Isaac Newton hasta llegar a la de Adam Smith. Es que si bien es cierto que varios puntos en común entre estos autores fueron reconocidos por la tradición, no menos acertado sería decir que esa influencia fue aceptada y relatada tan sólo en una parte, y en muchos casos incluso olvidada nuevamente.

Como bien sabemos, la historia se cuenta dejando a un lado ciertos aspectos y enfocando en otros –quizá para permitir justamente un adiestrado y ordenado olvido de los primeros–.

Así por ejemplo, el tradicional reconocimiento de los vínculos entre estos autores se suele concentrar en dos aspectos: los relativos al ámbito “profesional” o personal (que analizaremos en el apartado II) y los que se sostendrían en algunas perspectivas teóricas amables para con el canon discursivo (que estudiaremos en el apartado III). Pero así se deja a un lado un tercer aspecto quizá más especulativo, pero sobre el cual aquí nos gustaría insistir debido a la ineludible importancia que suele tener al momento de producir las operaciones teóricas y conceptuales (apartado IV).

Resulta fundamental rescatar este último y abandonado aspecto, sobre todo, si compartimos la idea de que el hecho de que la historia sea escrita por los vencedores no sólo implica la invisibilización de la perspectiva de los derrotados, sino también el ocultamiento de la verdadera estrategia que permitió a los victoriosos convertirse en tales y, por ende, también el control sobre sus más potentes armas de lucha. En la época que va de Newton a Smith existieron muchas –de las que Michel Foucault denominaría– “cajas de herramientas” enterradas, algunas de las cuales intentaremos comenzar a traer a la superficie para, en un futuro, realizar sobre ellas un severo análisis de sus potencialidades.

II. SOBRE LA IRRADIACIÓN DEL ESPÍRITU EN TODA –VERDADERA– ACTIVIDAD

Comencemos por el eje que se concentra en insistir en los vínculos entre autores a partir de sus datos biográficos. Desde hace un tiempo que se ha comenzado a admitir que no fueron pocos los filósofos de la naturaleza que dedicaron parte de su vida a la construcción de la política, la moral o la economía o a cumplir funciones relativas a las

mismas, tal y como fue el caso del consumidor de la Revolución Científica, es decir, Isaac Newton. Y lo mismo ocurre respecto de aquellos que la tradición reconoció como especialistas del mundo humano en el campo de la política, la moral y la economía pero que también se han dedicado a la filosofía de la naturaleza, tal y como lo hizo el autor en cuestión, Adam Smith, al reflexionar sobre la historia de la astronomía.¹ Veamos en primer lugar y de forma breve estos dos casos, ya que así detectaremos que incluso en estos relatos se encuentran aplacadas las influencias de ciertas perspectivas que la hegemonía discursiva no quiere reconocer sino como meros pasatiempos de esos autores.

Ahora bien, antes de empezar, y tan sólo para dar un ejemplo de las reducciones a las cuales se somete nuestra tradición cultural, veamos lo que sucede con otro filósofo de la naturaleza de suma importancia en los albores de la Revolución Científica, tal y como lo es Nicolás Copérnico. Muchos encuentran en su figura a un astrónomo que luego de numerosas observaciones y un renovado uso de las matemáticas logró reacomodar los orbes celestes ubicando al Sol en el centro del cosmos. Pero lo que algunos no siempre recuerdan –o lo hacen pero no lo enuncian– es que parte de la motivación de aquellas innovaciones provenían de su paso por el noreste de la actual Italia (principalmente Bologna y Padua) y por los círculos neopitagóricos y neoplatónicos en dónde se habría encontrado con las profundas razones teóricas del sistema heliocéntrico del antiguo Aristarco y con la idea de que el Sol debía ocupar el centro del cosmos por su peculiar sino divino estatuto (por cierto, una posición teórica que el cristianismo irá adoptando una vez que su defensa del geocentrismo vaya perdiendo fuerza). Como puede verse, las razones matemáticas y observacionales a favor del heliocentrismo estaban infundidas por razones menos claras y distintas. La pluma que dibujó el nuevo cosmos estaba embebida en la tinta del hermetismo. Ahora bien, menos conocido es todavía el hecho de que Copérnico fue el encargado de colaborar a la resistencia de la diócesis de Warmia frente a la Orden Teutónica, y no sólo militarmente, sino también económicamente. Entre otros problemas, éstos acuñaban monedas envilecidas para desplazar a la moneda polaca conformada de un metal de mejor calidad. El astrónomo no sólo combatió esas prácticas sino que en la reforma monetaria que presentó a la asamblea prusiana explicitó el

1 En un artículo que celebramos y que se aleja de nuestro foco de crítica, al que me permito remitir para mayores referencias, Hernán Borisonik (2018) ha reconstruido con gran detalle una importante parte de las actividades de Newton y Smith, fusionando aquellas con una renovada lectura de las influencias teóricas de ambos pensadores.

fenómeno que luego, a partir del siglo XIX, se conocerá como la “ley de Gresham” (esto es, el hecho de que, en un mercado donde circulen dos o más monedas, habrá una marcada tendencia a atesorar las monedas fuertes, puras o buenas, retirándolas del mercado, y hacer circular las débiles, impuras o malas, lo cual tiende a debilitarlo). A pesar de que el nombre de la ley se le atribuyera al fundador de la bolsa de Londres, Sir Thomas Gresham, lo cierto es que Copérnico e incluso Nicolás Oresme antes que este último ya habían tratado la cuestión.

Sea como fuere, lo cierto es que el hermetismo de Copérnico no sólo fue actor de la reconfiguración cosmológica, sino también testigo -¿silencioso?- de las transformaciones que el comercio exterior suscitaría en el sistema económico una vez que los Estados comiencen a concentrarse en el intercambio de otros bienes además de los lujosos. Ahora bien, las nuevas formas que adquirirá la teoría monetaria de allí en más y hasta la actualidad, a cuyos orígenes conceptuales Copérnico aportará con su *Monetae cudendae ratio*, ¿habrán estado tan alejadas, como hoy se la pretende, de las influencias que al menos uno de sus conformadores recibió del hermetismo, de la alquimia de los metales y de la astrología, por tan sólo mencionar algunas?

Todavía quedan por ser investigadas las influencias de aquellos fenómenos práctico- discursivos en todos estos procesos económicos que se fueron desplegando desde los albores de la modernidad. Quizá en esos estudios, mejor que en cualquier tratado sobre los mecanismos económicos, puedan encontrarse enriquecidas y renovadas explicaciones del enigmático estatuto del mercado en general y del sistema financiero en particular, así como de sus oscuros estados de situación actuales.

II.A. ALGO MÁS QUE UN CUSTODIO DE LA MONEDA: EL CASO NEWTON

Con la figura de Newton sucede algo similar a lo que aconteció con Copérnico: se negaron algunas de sus influencias y por ende durante largo tiempo no se abrieron interrogantes como los que planteamos en los párrafos precedentes. Así fueron silenciadas algunas de sus fuentes de inspiración principales para construir la filosofía natural que desplegó a lo largo de su obra (Henry, 2008). Por ejemplo, fueron dejadas a un lado las influencias que recibieron la teoría de la gravitación y la filosofía natural por parte de la alquimia y las corrientes ocultistas, así como por la numerología y la idea pitagórica de la armonía de las esferas (un recorte que también sufrió la recuperación de los antecedentes de otro filósofo de la naturaleza de suma importancia para la cosmovisión científica moderna como Johannes Kepler, ya que

sus fuentes fueron reducidas a la implementación de la matemática sobre la observación astronómica para lograr el descubrimiento de la “elipse orbital” sin hacer mención de -o directamente anulando- sus influencias astrológicas).²

También al igual que Copérnico, Newton estuvo a cargo de varias funciones estatales, como por ejemplo miembro del parlamento, director de la Royal Society e inspector y luego director de la Casa de la Moneda. Este último cargo lo desempeñó con una notable rigidez, sino directamente crueldad, ya que se afirma que azotó y ahorcó a un número de personas nunca alcanzado en dicha institución, entre los cuales se cuenta el famoso estafador y falsificador William Chaloner (de quien por otra parte admiraba su lucidez). Durante esa época Newton también se preocupó por sanear la moneda, la cual frecuentemente se veía falsificada, laqueada y sobre todo recortada. Asimismo se preocupó por elevar y optimizar los estándares de producción de las monedas. Podría explicarse esta actitud diciendo que Inglaterra, a pesar de estar transformándose en una de las primeras potencias del capitalismo moderno, todavía tenía un sistema monetario y económico bastante caótico en donde circulaban varias monedas, muchas falsificaciones y recortes, todo lo cual dificultaba la explotación de su potencial. Pero también es cierto, y quizá ofrezca otro tipo de explicaciones más interesantes sobre la radicalidad de su postura, no sólo el peculiar y respetuoso interés de Newton por la alquimia y los metales, sino también el uso que hizo de esas prácticas (Ackroyd, 2012: 123-128 y 44-48). La pureza que Newton buscaba en la producción, tratamiento, circulación y normativa de la moneda puede que se deba a su ya conocido duro carácter o incluso a la peculiaridad del momento inglés. Pero su espíritu alquimista y su oscura y enigmática relación con los metales, así como sus estudios numerológicos y el intento de prepararse para la instauración de un nuevo y justo Reino, tal y como insistía en afirmarlo (Beresniak, 2017: 257-403), no deberían ser dejados a un lado para comprender cabalmente las actividades de Newton en la Casa de la Moneda.

2 Quizá sea de interés para el conocedor de la obra de Kepler; contraponer nuestras afirmaciones con lo siguiente. En el año 1980, el reconocido científico Carl Sagan presentaba (gracias a la co-escritura realizada junto a su esposa Ann Druyan y Steven Soter) el programa de televisión *Cosmos: A Personal Voyage*, una serie en la que se contaba, de una forma muy peculiar, la historia de la ciencia. El tercer capítulo, denominado “La armonía de los mundos”, podría considerarse una clara muestra de las -incluso burdas- operaciones ideológicas hechas no sólo contra la astrología sino también sobre los descubrimientos y la figura de Kepler.

II.B. ALGO MÁS QUE UNA HISTORIA DE LA ASTRONOMÍA: EL CASO SMITH

Al comienzo de este apartado señalábamos que se suele insistir en que constituiría un dato meramente interesante el hecho de que autores como Smith, que tanto escribieron sobre el mundo político, moral y económico de los seres humanos, también hayan realizado estudios en el campo de la naturaleza como lo es la astronomía. Pero lo cierto es que ni es un dato meramente curioso ni es cierto que el autor mencionado realizara tan sólo una *Historia de la astronomía*. El libro de Smith referido no se limita a relatar los hechos de los astros o los relativos a los estudios que sobre ellos se hicieron. Por el contrario, allí se discuten algunas de las tesis más importantes de aquella intrincada historia, y principalmente se debate sobre cuáles fueron los elementos determinantes para que las Revoluciones Copernicana y Científica fueran posibles (Schliesser, 2010).

La razón de aquél análisis por parte de Smith no fue tan sólo para lograr un relato más verídico de lo acontecido, sino porque dado que por aquél entonces todos querían llevar adelante esa misma revolución científica en el campo de la moral, la economía, la historia, la política etc., era indispensable detectar con qué estrategia se había logrado aquella. Así entonces, su trabajo sobre la historia de la astronomía fue un intento por dilucidar las operaciones conceptuales y teóricas que hicieron posible aquellas mutaciones cosmológicas (y que no siempre son reconocidas o enseñadas en las instituciones responsables de hacerlo). Esto, para luego intentar trasladar a aquellas, con las especificidades del caso, a un nuevo sistema económico y moral (Schliesser, 2005).

De hecho, todo esto se refleja en el título de aquella obra, el cual no es meramente *Historia de la astronomía*, tal y como no casualmente se reproduce su título, sino el siguiente: *Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia de la astronomía*. Esta deliberada ocultación del objetivo y eje del libro y de la influencia de la terminología y metodología newtoniana también acontece con respecto a *La riqueza de las naciones*, libro cuyo verdadero y completo título es *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*; y también en *La Teoría de los sentimientos morales*, cuyo subtítulo era *O un ensayo de análisis de los principios por los cuales los hombres juzgan naturalmente la conducta y personalidad, primero de su prójimo y después de sí mismos* -tal y como en la cuarta edición así Smith se animó a publicarlo-. Pero estas ocultaciones responden, justamente, a romper el verdadero vínculo entre Newton y Smith, el cual va mucho más allá de un intento por llevar lo que hoy se conoce como el método científico al campo de las disciplinas relativas a lo humano.

Como puede verse, el objetivo de esas discusiones, al igual que en muchas otras que sobre el tema lleva adelante Smith (2012a: 677-681), no era un mero discurrir sobre el pasado, sino un servirse de la metodología de la filosofía natural newtoniana (su armonía de los astros, sus leyes y principios, así como de las doctrinas que -no tan- secretamente lo habrían influido) para hacerse de las herramientas necesarias con el fin de construir el sistema político, económico y moral del futuro. Esto, ya que como afirmaba Newton, los principios matemáticos no eran los únicos que existían, ni lo explicaban todo, y por ende había que darse a la tarea de buscar otros siguiendo el método de la filosofía natural (ya que su libro trataba solamente de los *Principios matemáticos de la filosofía natural*, pero no de los otros que componen a este última). A ese proyecto pareciera responder la obra de Smith.

Como podrá notar el lector, la “historia de la astronomía” -de Smith- esconde algunos de los secretos de nuestra cultura que más celosamente fueron ocultados.

III. SOBRE-LECTURAS IMPUESTAS: EL NEWTONIANISMO SMITHIANO

El segundo aspecto que debemos traer a la luz es aquél que, alejándose de cuestiones biográficas, del recorrido institucional o de los estudios de cada autor, si bien trata de vincular aspectos más teóricos entre Newton y Smith, lo hace concentrándose en una lectura que, siguiendo a Leonidas Montes (2006), también consideramos incorrecta en algunos aspectos e insuficientes en otros, pero que en todo caso logró imponerse como la hegemónica.

Ayudará a comprender el planteo tener presente que la difusión de la obra newtoniana tuvo, en términos esquemáticos, tres caminos: uno más bien práctico y otros dos de índole teórica. El primero se corresponde con lo que se ha denominado “newtonianismo”, es decir, el intento de tomar algunas nociones de la obra de Newton y simplificarlas para divulgarlas y utilizarlas con fines prácticos. Más allá de la influencia que esas ideas tuvieron en el crecimiento de la potencia británica durante el siglo XVII y XVIII, lo cierto es que ellas no se correspondían con la compleja, refinada y específica filosofía natural del autor en cuestión.

El segundo sendero, más fiel al espíritu newtoniano, corresponde a la Ilustración Escocesa, en la cual podemos encontrar autores como Thomas Reid, Adam Ferguson, Francis Hutcheson, David Hume y al propio Smith, los cuales se habrían preocupado por continuar aquella búsqueda newtoniana de los principios rectores de la filosofía (tal y como veíamos en los títulos de las obras smithianas en los párrafos precedentes); sólo que ellos lo harían para el orden social, moral, eco-

nómico, teológico, jurídico y político. Según nuestra consideración, una adecuada lectura de la obra de Smith implicaría repasar este camino por la “teoría newtoniana”, y por eso lo dejaremos para el siguiente y último apartado.

Aquí, mientras tanto, retomaremos el tercer camino que tuvo la obra de Newton, cuya constitución y despliegue tuvo lugar en el continente y más específicamente en Francia (de la mano de los materialistas franceses como Paul H. T. d’Holbach, Claude-Adrien Helvecio, Étienne-Gabriel Morelly, en la difusión de la teoría fisiócrata por parte de Jean le Rond d’Alembert, así como también gracias a Maupertuis, Clairaut, Mmme. Du Chatélet y principalmente Voltaire). Este sendero, el cual mantuvo cierta consonancia o diálogo constante con aquel “newtonianismo práctico” anteriormente mencionado, llevó adelante no sólo una divulgación sino también una lectura académica de la filosofía newtoniana.

El newtonianismo teórico-práctico consistió en alejarse de las especulaciones de Newton y tomar tan sólo los experimentos ópticos y los principios matemáticos de la mecánica racional para hacerla asimilable y confluyente con la teoría espacial cartesiana francesa, transformando los principios matemáticos en una matematización cuantificadora de la extensión y el proyecto de una mecánica racional en un mecanicismo fenomenológicamente matematizado. Así es que se construyó una concepción espacial plena, material y racionalmente extensa, compuesta por fenómenos cuantificables, sujetos a la matematización y al mecanicismo. Este desarrollo teórico, que logró despojarse de muchas de las ideas newtonianas que no resultaban de fácil asimilación o requerían mayor trabajo (tales como las del espacio absoluto, el *vacuum*, seres, fuerzas, principios o poderes ocultos en la naturaleza y la de una extensión espiritual –y no meramente material-), obtuvo un mayor impacto que la posición de la Ilustración Escocesa, al punto tal que terminó imponiéndose como la lectura predominante sobre la obra de Newton hasta nuestros días. Pero lo interesante aquí es que también afectó retrospectivamente las operaciones que los ilustrados escoceses habían llevado adelante a partir de la obra newtoniana. Es decir que se comenzó a releer, pero esta vez a través del prisma de un equilibrio matemático y mecanicista instaurado en el continente, aquellas búsquedas que Hume, Hutcheson y Smith habían realizado para encontrar los principios rectores -no sólo matemáticos- de la filosofía y del ordenamiento social, moral, económico, jurídico y político.

Es cierto que si tan sólo nos concentramos en algunos pocos pasajes de la obra de Smith (quien incluso conoció personalmente a algunos de esos franceses conformadores del newtonianismo, como por

ejemplo es el caso de Voltaire), es posible hacer esa lectura y encontrar cierto apoyo para la misma. Así, por ejemplo, podría decirse que hace lugar al mecanicismo fenoménico de la moral en la *Teoría de los sentimientos morales* cuando refiere a un mecanismo de la naturaleza sin el cual no se podrían “alcanzar los dos mayores propósitos de la naturaleza, el mantenimiento del individuo y la propagación de la especie” (Smith, 2012b: 184), ni así tampoco a la sociedad si no fuera por las leyes de la justicia puesto que aquella sufriría un desequilibrio, sino su destrucción (Smith, 2012b: 185).

Pero aquél mecanismo, como todos los que visibilizaría Smith, están supeditados a otros principios según lo admite el mismo autor. Así, aclara: “El que no es el cuidado de la preservación de la sociedad lo que originalmente nos mueve a interesarnos en el escarmiento de los delitos cometidos contras las personas puede ser demostrado por vario s razonamientos elementales” (Smith, 2012b: 188). Es decir que cada vez que refiere a algún tipo de mecanicismo, luego aclara que aquél no se sostiene sólo y que es necesario explicar otro tipo de lógica, acudir a algún principio que explique la cuestión.

Una lectura mecanicista similar se realiza sobre su tratamiento de las pasiones y en particular respecto de la simpatía y la armonía que se alcanzaría con una debida corrección de aquellas, todo lo cual se analiza en las dos primeras partes de *La Teoría de los sentimientos morales*. Si bien en la cuarta parte referirá a la utilidad, lo hará como un sentimiento de aprobación, el cual no cobrará toda su dimensión sino hasta la parte séptima en donde, distanciándose de la posición de su maestro Hutcheson para quien la virtud es benevolencia, mencionará que seguir el “propio interés” fomentaría las virtudes, lo cual fue entendido como una medida del sistema para mantener el mecanismo social equilibrado. Por ejemplo, es aquí donde algunos se han concentrado para referir a algún tipo de mecanismo moral construido por el propio interés y una armonía tejida por la correcta simpatía, tal y como supuestamente sucedería en el mercado a través de la mano invisible haciendo posible una libre competencia que convertiría a Smith en el fundador del liberalismo radical actual. Incluso, se insistirá en que el modelo de la mano invisible y la libertad de mercado se encuentra deliberadamente -por Smith- en sintonía con una ley universal, como lo es la teoría de la gravitación newtoniana, algo que resulta imposible ya que el equilibrio en un caso es con relación a un eje central y en el otro se construye entre todos los elementos del sistema (Montes, 2006).

Pero nada de todo esto se sostiene en una lectura completa de los textos; ni siquiera la idea de que Smith sería el padre del liberalismo actual, y esto por al menos dos razones. La primera es que, en todo

caso, su obra refiere a un liberalismo moderado por el derecho y la moral; y, de hecho, podría recordarse que en sus *Lecciones sobre jurisprudencia*, en donde ya se mostraba el programa de investigación que iría hasta *La riqueza de las naciones*, insistía en que el derecho y la moral debían mantener lazos estrechos, ya que toda actuación libre debe respetar la virtud fundamental que es la justicia (Smith, 1995; 2012a: 612). La segunda razón es que dicho título (el del padre del liberalismo) también podría considerarse para los filósofos de la Escuela de Salamanca y del siglo de Oro español (Castillo Girón y Vargas-Hernández, 2017), quienes con anterioridad ya habían desarrollado algunas teorías y conceptos claves del liberalismo.

Es realmente llamativo el recorte que se ha realizado de su obra. Por un lado, es enorme -o excesiva para nuestros tiempos- la cantidad de casos y reflexiones con las cuales Smith intentó ilustrar lo que sería su peculiar posición filosófica sobre la política, la moral y la economía, plagada ella de moderaciones y sugerencias sobre la imposición de impuestos y regulaciones de todo tipo, al punto tal que no sólo sería injusto reducirlo a una teoría liberal radical, sino que incluso habría que sugerir que él era un cuidadoso y prudente constructor político de un liberalismo moderado por el derecho y la moral. Por otro lado, su cosmovisión filosófica principista y nutrida de tantos detalles, tal y como veremos en el siguiente apartado, resulta imposible de conciliarse con el ordinario mecanicismo equilibrado que supuestamente habría inventado Newton y al cual se la intentó someter.

Y si es cierto que existen algunos pasajes que podrían entenderse en aquella dirección, quizá deba aplicarse a ellos lo que Newton decía de los antiguos cuando discutían movimientos astronómicos: “a los filósofos les gustaba tanto atenuar sus discursos místicos que en presencia del vulgo exponían tontamente materias vulgares por miedo al ridículo, y ocultaban la verdad bajo discusiones de este tipo” (Newton, 2009: 389).

IV. FILOSOFÍA NATURAL NEWTONIANA EN SMITH

IV. A. LA BÚSQUEDA FILOSÓFICA

Llegados a este punto, es momento de ofrecer otra versión de la obra smithiana, una que verdaderamente pudiera estar en sintonía con la filosofía natural newtoniana, tal y como lo habían pretendido tanto Newton como Smith (y no con la versión del newtonianismo continental que sostenía un mecanicismo racional y fenomenológico sujeto la cuantificación de la sociedad). Para esto hay que atender dos cuestiones. Por un lado, es cierto que la escuela escocesa pretendió para la ciencia social lo mismo que Newton había logrado con la ciencia

natural: una teoría general de la moral, la política y la sociedad [y que ello] requeriría el establecimiento de regularidades que probaran que los seres humanos, su psicología y sus instituciones no estaban gobernados por el mero azar (Rodríguez Braum, 2012: 10).

Pero por el otro, no es cierto que Newton o Smith hayan reducido su cosmovisión a la búsqueda de leyes que determinen un mecanismo fenomenológico de la naturaleza. Más bien, se encargaron de encontrar los principios que pudieran explicar que, lejos de estar los comportamientos de los seres humanos sujetos al azar o a la arbitrariedad, ellos están “irresistiblemente sentenciados”, como dijo Smith. Ahora bien, si no es un mecanismo legalista de la naturaleza, la pregunta deviene entonces la siguiente: ¿qué es lo que tanto influye en los seres humanos y cuál es la ingeniería a través de la cual ello sucede?

Para abordar esta cuestión, será necesario no sólo que recuperemos otros pasajes distintos respecto de aquellos en los que el canon smithiano se concentró, sino también que demos cuenta de los elementos de la filosofía natural de Newton (Henry, 2008) que habían sido desplazados por la hegemónica lectura continental que se hizo de ella y que, no obstante eso, habrían logrado influir en el pensamiento de Adam Smith. Esas pequeñas menciones colaborarán a abrir el campo de posibilidades desde el cual interpretar su obra. En lo sucesivo, entonces, ofreceremos las siguientes claves de lectura o características que consideramos deberían atenderse al momento de abordar su pensamiento, sino cuando decidimos especular sobre el mismo para realizar operaciones filosóficas y políticas en la actualidad.

IV.B. LA DEIDAD CÓSMICA Y LA ARMONÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES Y ECONÓMICOS

Como gran parte de los intelectuales de la Ilustración Escocesa, Smith también tenía sus dudas sobre el estatuto de las religiones, al punto tal que en algunos casos pareciera afirmar que esas creencias sólo servían frente a ciertos estados o momentos de las personas (2012b: 235). Asimismo, al igual que aquellos, nuestro autor también parece haberse interesado en explorar el tipo de divinidad que mejor satisfaga sus inquietudes. Se puede notar ese espíritu en varios pasajes de su obra, en donde acusa a los hombres de tratar de darle forma a la deidad, sin terminar de encontrar el modo justo (Smith, 2012b: 226-250). Podría decirse que a lo largo de sus textos pareciera estar ajustando cuentas entre una especie de deidad cósmica, un autor de la naturaleza y las versiones protestantes y católicas del dios cristiano (algunas pruebas de ello son las diversas fórmulas que intenta para referir a dios sin denominarlo de forma clásica, cuyo ejemplo más claro es la del “espectador imparcial”).

Sea como fuere, todo pareciera indicar (y en esto parecen coincidir los especialistas en su obra) que se trata de una deidad más bien cósmica, sumamente preocupada por la armonía de la naturaleza. Y aunque también se ha dicho que Smith recibió la influencia de la idea de una armonía que regiría la naturaleza vía los estoicos (Rodríguez Braum, 2012: 15), y si bien muy probablemente sea cierto, consideramos que no debe descartarse, como pronto veremos, la importancia que podría haber recibido de la específica modalidad armónica -de procedencia pitagórica y hermética- que circundaba en el pensamiento de Newton.

Es sabido que por aquél entonces, junto a los deísmos, existieron otras corrientes de pensamiento que influyeron notablemente la forma de abordar el estudio de la naturaleza y sus vínculos con la divinidad. Así, la teoría de la armonía de las esferas, que había acompañado gran parte del pensamiento durante el Renacimiento, también había alcanzado a influir en la Ilustración Escocesa. Esto no debería llamar tanto la atención, puesto que las ideas de aquella estuvieron presentes en distintas piezas nodales que reconfiguraron el modo de concebir el cosmos durante la Revolución Científica. Entre estas, cabe destacar especialmente la influencia que tuvo en la obra de Johannes Kepler, en donde se logró demostrar que las órbitas elípticas, lejos de romper el orden de dios, señalaban una geometría regida por un orden superior, el de la armonía musical (Kepler, 1992 y 1997). Pero este autor no fue el único que recurrió a aquella teoría. Entre otros que se sirvieron de aquella teoría, justamente se encuentra una de las fuentes clave de Smith, es decir, Newton.³

En una serie de comentarios para la segunda edición de su obra magna, algunos de los cuales han quedado asentados en el texto finalmente publicado, el autor de los *Principios matemáticos de la filosofía natural* dejaba constancia no sólo de la importancia de aquellas indagaciones de Kepler (Newton, 2011: 629) para captar una regularidad y perfección superior en los planetas, sino también de la relevancia de la armonía de las esferas para comprender el sistema del mundo y la causa de la gravedad. Esto último, ya que él insistía en que hasta ese entonces tan sólo se había referido a las propiedades de la gravitación.

De los dos pasajes que veremos, el primero reza así:

3 Resulta fundamental aclarar que si bien la doctrina de la armonía de las esferas remite a la una serie de proporciones numéricas armoniosas que producirían el movimiento de los astros según proporciones e intervalos musicales descifrados matemáticamente, en la armonía de los sentimientos de Smith pareciera verse diluida la importancia musical y aumentada la importancia en la proporcionalidad matemática de magnitudes intensas.

Y, puesto que toda la materia debidamente formada está asistida de signos de vida, y todas las cosas están constituidas con perfecto arte y sabiduría, y la naturaleza no hace nada en vano, de haber una vida universal y todo el espacio por el que el sensorio de un ser pensante que por su inmediata presencia percibe todas las cosas en sí, como aquello que piensa en nosotros, percibe sus imágenes en el cerebro, esas leyes del movimiento que surgen de la vida o la voluntad pueden ser de alcance universal. Los filósofos antiguos parecen haber aludido a algunas de esas leyes cuando llamaban a Dios armonía y representaban su actuación en la materia (Newton, citado en McGuire y Rattansi, 2007: 160).

Y el segundo lo hace de la siguiente forma:

Para los filósofos místicos, Pan era la divinidad suprema que inspiraba a este mundo con una razón armónica (...) llamaron a la armonía Dios y Alma del Mundo compuesta de números armónicos. Pero decían que los planetas se movían en sus órbitas por la fuerza de sus propias almas, esto es, por la fuerza de la gravedad que toma su origen de la acción del alma. De esto, al parecer, surgió la idea de los peripatéticos respecto de las Inteligencias que mueven los globos sólidos. Pero los filósofos más antiguos sostenían que las almas del Sol y de todos los planetas eran una y la misma divinidad que ejercía sus poderes en todos los cuerpos (Newton, citado en Gregory, 1834, MS 247, folio 1).

Aquellas ideas no sólo influenciaron el pensamiento planetario de Newton. De hecho, se encargó de afirmar que esa armonía también era clave para pensar lo social y por eso era clave captarla (2009: 389). Debía ser aplicado su sistema de los principios y de la filosofía natural a la moral para aprehender allí sus reglas (Newton, 1977: 381 y 1962: 141). Es que para él no había duda que existían principios activos que actuaban sobre la materia y que lo hacían generando armonía (McGuire y Rattasi, 2007: 160-161, nota al pie 23 y 176-177). La doctrina de la armonía de las esferas estaría en el trasfondo de la obra newtoniana.

Más allá de la clásica referencia al *Timeo* de Platón, cuando el Demiurgo separó la substancia primordial en relaciones aritméticas de la escala musical, las cuales en conjunto formarían la armonía de las esferas, esto es, la capacidad de influir en ciertas zonas del mundo a través de la reunión de -una tríada de- sus notas, es bien sabida que la procedencia de estas ideas corresponden a Pitágoras. Éste afirmaba que existía una relación intrínseca entre el cosmos y la armonía musical, la cual lograba afectación mutua y estaba cifrada matemáticamente. Las razones filosóficas y matemáticas que motivaron el interés de Newton no pueden ser tratadas aquí. Pero quizá sea sugerente recordar la importancia de esa armonía para comprender cómo podría

afectar a los astros y nuestro comportamiento. De hecho, no hay que olvidarse que tanto Newton como Smith tuvieron un fuerte interés por la astronomía y la moral -sino también por las causas y la naturaleza de la circulación de la moneda- y como todo ello podría corresponderse con el ordenamiento político.

Estas ideas, junto a la doctrina de las correspondencias, les podrían haber llegado a Newton a través de las multifacéticas vías que él exploró. No obstante, podemos estar seguros que aquellas teorías llegaron a él al menos cuando tradujo la *Tabla de la Esmeralda*. Este texto, como ya hemos dejado entrever en otro lado (Beresñak, 2017: 351), influyó notablemente en la cosmovisión newtoniana y no debe quedar duda que así ocurrió con la de Smith, quién no sólo observaba y destacaba la importancia de la armonía para comprender el sistema planetario sino también el de todo el universo, incluyendo allí el de los hombres.

Todo pareciera indicar que ambos autores, por vías diversas, uno estudiando los astros del cielo y otro los hombres de la Tierra, siguen una misma búsqueda habilitada por el primer principio alquímico de la *Tabla de la Esmeralda*, el cual decía que “Lo que está abajo es como lo que está arriba, lo que está arriba es como lo que está abajo” (Anónimo, 1978: 75), de forma tal que pueda llevarse adelante lo milagroso de lo único. Así, las leyes y principios que rigen el universo y que podrían cambiar y enriquecer la situación política de los humanos pueden encontrarse tanto en el cielo como en la tierra; por lo que así como Newton los encontró en los astros y propuso buscarlos en la moral, Smith -quien estudió las historias de las teorías de los astros- se entregó a dicha tarea estudiando el comportamiento humano.

He aquí entonces que debemos otra aclaración sobre el modo en que consideramos debería leerse las obras de Smith. *La Teoría de los sentimientos morales* debe ser tratada como un tratado metafísico y político, toda vez que sus indagaciones sobre los principios y leyes de los sentimientos morales están permanentemente direccionados a las implicancias políticas de las conclusiones a las cuales arriba, así como exploraciones relativas a quién, cómo y hasta dónde debería gobernar a los seres humanos. Por otro lado, *La riqueza de las naciones* no es sólo una doctrina económica política, sino más que nada un estudio sobre el comportamiento de los seres humanos en el mercado a partir de la naturaleza y las causas de sus sentimientos. Así, entonces, podría decirse que ambos textos constituyen una misma exploración sobre los principios y leyes “de lo que está abajo”, de los sentimientos de los seres humanos, y esto tanto en la moral como en el mercado, para así construir un ordenamiento político ajustado a la doctrina de la armonía -natural de las esferas-.

Para Smith, autores como Hobbes, Mandeville, Hutcheson y Hume no habrían logrado terminar de comprender la visión global de los sentimientos, la que permite el “espectador imparcial”, pero que bien podría ser el de la posición que tendría quien capte la armonía de las esferas. Al igual que ésta, que se teje por la conciliación de los contrarios en la zona de influencia de las últimas, la proporcionalidad de los sentimientos egoístas y altruistas también pareciera colaborar a cierta armonía más allá de su aparente tensión o batalla constante (de hecho, como las esferas, también tendrán una zona o lugar de influencia, tal y como veremos en relación a la espacialidad). La armonía de las esferas, entonces, no sólo debe considerarse como una teoría extravagante que simplemente circulaba en el pensar smithiano. Sus bases pueden notarse en la idea de la mano invisible u otras que habitan *La riqueza de las naciones*, así como en su *Teoría de los sentimientos morales* cuando dice que: “a pesar del desorden que parece reinar entre las cosas de este mundo, incluso aquí cada virtud encuentra naturalmente su retribución correspondiente, con la recompensa más idónea para estimularla y animarla” (Smith, 2012b: 295).

De aquí entonces que se haya dado a la tarea de analizar la dinámica de los sentimientos de todo tipo, sin censura previa, para poder detectar cómo colaboran a la armonía cósmica, astronómica y/o humana, y entonces a partir de allí poder evaluar cada uno de los sentimientos en su singularidad. Es en esta posición imparcial a la que Smith nos invita a posicionarnos para construir la política de la modernidad: la de la armonía de los sentimientos que redundarían en la justicia y en la riqueza de las naciones.

IV.C. INGENIERÍA TRANSESPACIAL PARA EL GOBIERNO DE LOS SEMIDIOSES

Existen muchas doctrinas que desde la Antigüedad insisten en la posibilidad para los hombres, y más precisamente para quienes se mantengan inscritos en una sensibilidad profunda que vaya más allá de lo especular, de alcanzar una mayor sabiduría respecto de la que tendrían aquellos que se alejan de lo que los afecta. A quienes lograban la aprehensión de ese saber algunos los llamaban “maestros”, y hasta se ha dicho que algunos de ellos comenzaron a tener poderes similares a los divinos.

A pesar de lo extraño que podría parecer este comentario al interior de un texto sobre Adam Smith, lo cierto es que no debiera ser así si nos atenemos a todo lo trabajado anteriormente. Pero mucho menos extravagante debiera ser si prestamos atención a su desconfianza respecto de los comerciantes y políticos debido a que no saben alinear sus acciones con las leyes de la armonía divina, así como a la persis-

tencia en la idea de que los seres humanos podrían vincularse con una especie de “semidios” que habitaría en sus pechos, y de este modo asir los principios y leyes de la divina armonía que deberían inspirar las reglas de conducta tanto del mercado como de la moral en la construcción política del liberalismo moderado que aparentemente Smith pretendería lograr. Todo esto nos permite especular que quizá algunas de las doctrinas que venimos mencionando no estén tan alejadas de las fuentes de la obra smithiana. Pero vayamos al texto, prestando especial atención a la terminología empleada.

En primer lugar, cabe señalar que, como si la comprensión del estatuto de las reglas de conducta se tratara de un registro histórico progresivo, dice Smith que el respeto por ellas es ampliado por una opinión obtenida primero por la naturaleza y confirmada después por el raciocinio y la filosofía: que dichas reglas importantes de moralidad son mandamientos y leyes de la deidad, que finalmente premiará a quienes las obedezcan y castigará a quienes las transgredan (2012b: 291).

Pero con el mismo tono progresivo también trata de explicar cómo es que el hombre fue comprendiendo a qué o a quiénes les debía las causas de esas leyes y principios que gobernarían sus sentimientos. Así declara Smith:

Pienso que esta opinión o idea parece grabada primero por la naturaleza. Los seres humanos llegan naturalmente a adscribir todos sus sentimientos y pasiones a esos entes misteriosos, sean lo que fueren, que en cualquier país resulten ser objetos de temor religioso. No tienen forma ni pueden atribuirlos a ninguna otra cosa. Esas inteligencias desconocidas, que imaginan pero no ven, deben necesariamente estar formadas en algún sentido a semejanza de las inteligencias que ellos conocen. Durante la ignorancia y oscuridad de la superstición pagana, el género humano formó las ideas sobre sus divinidades con tan poca delicadeza que les atribuyó indiscriminadamente todas las pasiones de la naturaleza humana, sin exceptuar las que menos honran a nuestra especie (2012b: 291).

Fíjese el lector que en ningún caso Smith destruye esa idea antigua de entes misteriosos o inteligencias desconocidas que afectarían a los hombres, un tema que por otra parte trabajó de una forma similar en *La riqueza de las naciones* (2012a: 679-680). Más bien, les otorga existencia (“sean lo que fueren”), capacidad de afección (“los seres humanos les adscriben sus sentimientos y pasiones”) y presencia universal (“en cualquier país”). Sólo dice que el género humano les fue dando formas diversas e imprecisas, otorgándoles lo que le pertenecía a él, y que esto habría confundido el correcto modo de comprenderlos (2012b: 292).

Quizá no sea equivocado pensar que esos entes misteriosos o inteligencias desconocidas sean exactamente aquello que él denomina, con nombres diversos, “vicegerentes” o “vicerrectores” de la deidad cósmica. Esto, debido a que justamente son esos entes, de los cuales no podemos escapar por su universalidad y por su peculiar forma de estar en nuestro pecho, así como también porque tendrían la capacidad de afectarnos generando nuestros sentimientos, los que afirman aquellos principios y leyes de la deidad. Es en este sentido que cabe sospechar en Smith un intento de reconstrucción política de la divina armonía que se querría para el mundo humano.

Ahora bien, si se presta la suficiente atención al pasaje citado, dice Smith que esos entes misteriosos o inteligencias desconocidas no se pueden visualizar, aunque sí imaginar. Pero esa afirmación, que podría parecer una crítica a aquellos que hacen lugar a la imaginación de esos entes, no es confirmada por *La Teoría de los sentimientos morales*. A lo largo de todo el texto la imaginación, lejos de ser considerada una herramienta que llevaría a la fantasía, a inventar lo que no existe, es justamente una herramienta central de la sociabilidad y de la participación del ser humano en la armonía de los sentimientos, en tanto permite posicionarse en el lugar de lo que llamará el espectador imparcial, pieza fundamental de aquella.

Existen numerosos relatos (tal y como el de la visión de Timarco en *Sobre el demon de Sócrates*) en los que se afirma que algunos han escuchado la música de la armonía cósmica en visiones, sueños y trances iniciáticos, es decir, en referencia al poder que arrojaría -algo más que- lo especular. Asir esa música implicaría, en parte, comprender las reglas cosmológicas, lo cual no es otra cosa que posicionarse en un lugar más allá de toda parcialidad al interior del cosmos. Ahora bien, si esto es así, no resulta difícil observar la similitud con lo que acontece en la ingeniería smithiana relativa a la teoría de los sentimientos. Esto, toda vez que insiste el autor en considerar a la imaginación como la posibilidad de acceder al “ojo natural mental” (por cierto, una terminología de profunda raigambre mística), el cual debemos aprender a emplear para captar los principios y leyes de la armonía que la mera física especular de lo social no nos permitiría observar.

Al inicio de *La Teoría de los sentimientos morales*, Smith dice:

Por más egoísta que se pueda suponer el hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla” (2012b: 49).

Suele insistirse en el distanciamiento que aquí realiza Smith respecto de la lectura que hace Hobbes sobre la naturaleza del hombre, más particularmente al momento de abordar la simpatía. Pero no se ha destacado suficientemente, como puede notarse aquí, el espíritu principista que habita en los conceptos fundamentales del sistema smithiano, tal y como lo pretendía la filosofía natural newtoniana y sus influencias herméticas.

Por otro lado, aunque sí es cierto que en algunos casos se ha destacado la tensión que existe en el tratamiento de las pasiones entre Hume y Smith, consideramos que no se han extraído de allí todas sus implicancias, y especialmente aquellas vinculadas a la espacialidad de la teoría moral y a la posible metafísica que la respaldaría, en parte proveniente de la obra de Newton. Es que a diferencia de lo que sucedía con la benevolencia de Hutcheson o las pasiones de Hume, existe en Smith una fuerte referencia a la importancia de la espacialidad. Así, dice que “La simpatía, en consecuencia, no emerge tanto de la observación de la pasión como de la circunstancia que la promueve” (Smith, 2012b: 53). Y en otra numerosísima cantidad de veces se insiste en que es imprescindible cambiar o alterar el lugar en el que uno se encuentra; es necesario cambiar la situación espacial.

Pero debemos atender con cuidado la cuestión, puesto que aquel lugar no es estrictamente el físico. Se trata de un lugar al cual veremos es posible asistir vía la imaginación. Dice lo siguiente: “cuando nos ponemos en su lugar esa pasión fluye en nuestro pecho merced a la imaginación, aunque no lo haga en el suyo merced a la realidad” (Smith, 2012b: 53).

Y luego continúa sobre la imaginación con un tono en absoluto escindido de misticismo:

sólo nos puede ayudar representándonos lo que serían nuestras propias sensaciones si nos halláramos en su lugar. Nuestra imaginación puede copiar las impresiones de nuestros sentidos, pero no de los suyos. La imaginación nos permite situarnos en su posición, concebir que padecemos los mismos tormentos, entrar por así decirlo en su cuerpo y llegar a ser en alguna medida una misma persona con él y formarnos así alguna idea de sus sensaciones, e incluso sentir algo parecido, aunque con una intensidad menos (Smith, 2012b: 50).

La clave pareciera encontrarse en poder posicionarse en otro lugar que intente reproducir el lugar del otro y asimilar su situación. “En toda pasión que el alma humana es susceptible de abrigar, las emociones del espectador siempre se corresponden con lo que, al colocarse en su mismo lugar, imagina que son los sentimientos que experi-

menta el protagonista” (Smith, 2012b: 51). Se trata de una cuestión espacial o transespacial a la cual se arribaría por la facultad de la imaginación; y una vez allí instalados, se comenzaría a tratar de absorber aquello que estaría afectando a la persona que realmente se encuentra en ese lugar.

Y aunque en algunas oportunidades aclara Smith que jamás sucederá que el lugar imaginado sea idéntico al de aquél al que querríamos acceder, sus palabras sugieren que en el espacio imaginado nos haremos de las herramientas del espectador imparcial a través de las cuales podremos juzgar la situación del otro. Esto, toda vez que es a través de la imaginación o del “ojo natural de la mente” que el hombre puede cambiar de lugar y posicionarse en el correspondiente al del espectador imparcial que, como el Juez, todo lo ve y todo lo oye, comprendiendo y juzgando según las leyes de la correspondencia y la proporcionalidad. Según pareciera, en ciertos espacios particulares podremos hacernos de la sabiduría que ofrecen los principios que estarían afectando al ser humano.

En otro pasaje afirma que es posible simpatizar con los muertos, lo cual revela que se trata, como decíamos antes, de un transespacio, y no de un lugar físico. Pero lo más interesante es cuando explica cómo eso es posible: “nos ponemos en su lugar y alojamos, por así decirlo, nuestras almas vivientes en sus cuerpos inanimados, y así concebimos lo que serían sus emociones en tal caso” (Smith, 2012b: 55). El ser humano, entonces, puede trasladarse no tanto al lugar del otro como sí al del espectador imparcial, ese transespacio en cuyo hábitat se vería afectado por los principios y leyes que lo constituyen, de la misma forma que en la doctrina de la armonía de las esferas éstas afectan con aquella sus zonas de influencia.

Si tomamos en consideración el bagaje metafísico de estas ideas, debemos reconocer que muchas de ellas ya se encontraban presentes en Newton bajo la influencia de la *Tabla de Esmeralda* (Beresñak, 2017: 348-357). Entre otras, era fundamental para la filosofía natural newtoniana la idea de una deidad que influía en el universo a través de la transmutación de lógicas espaciales, siendo su grado más derivado el de los corpúsculos, a través de los cuales no sólo se explicaría la variedad de las cosas en el cosmos sino también ejercería su dominio sobre todo lo existente. Como ya hemos dejado entrever, la doctrina de la correspondencia y la armonía de las esferas encontraron diversas vías para arribar a Newton; y lo mismo podría decirse respecto de Smith, toda vez que resulta sencillo encontrar resonancias de esas teorías en su insistencia en una armonía constituida por la proporcionalidad-matemática- de los sentimientos y entre estos y sus causas, así como en la específica función que cumplirían los “semidioses” smithianos

que gobernarían el pec ho de los seres humanos siguiendo las reglas de conducta como si fuesen leyes divinas.

De allí que Smith comente que son los entes los que, junto a los principios que acarrear, “Portan las señales más nítidas de esta autoridad para ser árbitros supremos de nuestros actos, vigilar todos nuestros sentidos, pasiones y apetitos, y juzgar en qué medida cada uno de ellos debe ser complacido o restringido” (2012b: 292). Pero ninguna promesa de paz podrían acarrear esas inteligencias, ya que también están en el seno de las afecciones que aterrorizan a los hombres que deciden permanecer sensibles en nombre de la sabiduría.

Estas tribulaciones naturales de una conciencia asustada son los demonios, las furias vengadoras que en esta vida persiguen a los culpables, que no les permiten ni la paz ni el reposo, que a menudo los arrastran a la desesperación y la locura, frente a las que ninguna garantía de secreto puede proteger, ningún principio antirreligioso puede totalmente suprimir, y de las que sólo libera el más vil y abyecto de los estados: una absoluta insensibilidad al honor y la infamia, al vicio y la virtud (Smith, 2012b: 232-233).

El siguiente pasaje de Jámblico sobre la función de la armonía musical para el pensamiento pitagórico nos permite visualizar que, desde sus inicios, la doctrina de la armonía de las esferas fue pensada para el ámbito de las pasiones, justamente como una vía posible para aprender a moderarlas o corregirlas. Recuerda Jámblico que, para Pitágoras, la búsqueda de la armonía en el cosmos y la conexión con ella

fácilmente daba la vuelta y manejaba en direcciones contrarias las pasiones del alma que se hubieran avivado recientemente o producido de forma irracional -como son el dolor, la ira, la compasión, la ambición, el miedo, el deseo de todo tipo, el enfado, los apetitos, el orgullo o la violencia-, enderezando cada una de ellas hacia la virtud por medio de las melodías apropiadas, que usaba a modo de fármacos mezclados y salvíficos (Jámblico [64] citado en Hernández de la Fuente, 2011: 253-254).

Como hemos visto a lo largo del trabajo, muchos siglos después Smith recuperará, en parte gracias a Newton, aquella doctrina de la armonía para implementarla de una forma muy peculiar en su teoría de los sentimientos morales y económicos, y hacer de aquella el eje clave a través del cual sea posible corregir y moderar los sentimientos que deberán construir políticamente -lo que debiera llamarse, por lo menos- un liberalismo moderado.

IV.D. LA PARADOJA DIVINA Y LA CONSTRUCCIÓN POLÍTICA DE UN LIBERALISMO MODERADO

Dice Smith que “la administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales, es la labor de Dios, no del hombre” (2012b: 412). Es que para semejante proyecto, para poder intervenir sobre el mundo humano, “ninguna sabiduría o conocimiento humano podrá jamás ser suficiente: el deber de vigilar la actividad de los individuos y dirigirla hacia las labores que más convienen al interés de la sociedad” (Smith, 2012a: 612) debe quedar por fuera de las tareas del soberano. Pero luego parece contradecir su posición, o al menos matizarla, cuando sostiene que sólo podrán intervenir y llevar adelante aquella tarea “la influencia y autoridad de las reglas generales, que son justamente consideradas como leyes divinas” (Smith, 2012b: 288), y que se obtienen atendiendo a los semidioses del espectador imparcial en nuestro pecho.

La tensión recién referida, también puede visualizarse incluso en el modo de comprender el estatuto de las leyes divinas, naturales, jurídicas y morales, un problema que la modernidad heredaría del intento de construir una legalidad en la naturaleza por parte de la ciencia moderna. Con mucha agudeza Smith captará el problema y se pronunciará al respecto:

Todas las normas generales son comúnmente denominadas leyes; así, las reglas generales que siguen los cuerpos en la comunicación del movimiento se llaman leyes motrices. Pero las pautas generales que siguen nuestras facultades morales al aprobar o condenar cualquier sentimiento o acción que se someta a su examen pueden ser consideradas leyes con mucha más propiedad. Se parece mucho más a las leyes propiamente dichas las normas generales que el soberano promulga para orientar el proceder de sus súbditos. Igual que ellas, son reglas que dirigen la libre actuación de las personas: con mayor certeza son prescritas por un superior legítimo y también vienen acompañadas de premios y castigos (Smith, 2012b: 294).

En el pasaje citado ya puede vislumbrarse un problema terminológico y político que será clave para entender el estatuto político de la ley durante la modernidad. Es que la ley científica, que describe la regularidad de los fenómenos de la naturaleza, es bien distinta a la ley jurídica o a la moral, ya que estas últimas prohibirían una acción y establecen algún tipo de sanción en el que caso de que aquella fuera incumplida. Son dos estatutos de ley muy distintos, y a su vez conectados. Sólo que Smith, muy astuta aunque enigmáticamente, intentará ubicar a ambas en un mismo registro, ya que la procedencia (religión, ciencia o filosofía) tan sólo determinaría la forma de la ley, no su veracidad (Smith, 2012b: 292) que es una y perteneciente a la

armonía instaurada por la deidad. Una vez más, aquí podría ser de gran ayuda, al menos para comprender la procedencia de estos problemas y las paradójales soluciones a las cuales recurre Smith, citar un pasaje de los textos místicos de Newton. Refiriendo justamente a las leyes de los movimientos astronómicos, dice:

Éstas son leyes pasivas, y afirmar que no existen otras es hablar en contra de la experiencia. Pues descubrimos en nosotros mismos un poder de mover nuestros cuerpos mediante nuestro pensamiento. Vida y voluntad son principios activos por medio de los cuales movemos nuestro cuerpo, y de ahí surgen otras leyes del movimiento desconocidas para nosotros (Newton, 2009: 389).

Ahora bien, esas “reglas generales de conducta”, tal y como las denomina Smith en el campo humano, provienen del “sentido del deber, un principio de sobresaliente importancia en la vida humana y el único principio por el cual la mayoría de la humanidad puede orientar sus acciones” (Smith, 2012b: 288). La importancia de aquél proviene del “Juez que todo lo ve” al que también refiere con la terminología hermética y newtoniana principista: “El mismo gran principio que es el único que puede inspirar terror en el vicio triunfante suministra el único consuelo eficaz para la inocencia deshonrada y ultrajada” (Smith, 2012b: 235-236).

De hecho, se podría encontrar parte de la justificación del liberalismo moderado de Smith en la cosmovisión recién presentada y en el hecho de que confía en que la deidad estará trabajando y operando a través de sus vicegerentes en el pecho de cada hombre para que ningún tipo de forma política -económicavaya más allá de lo justo. En sintonía con esta idea, afirma que así como se estableció que las facultades morales “fueran los principios gobernantes de la naturaleza humana, las reglas que prescriben han de ser consideradas como mandamientos y leyes divinas, promulgadas por esos vicegerentes que han establecido dentro de nosotros” (Smith, 2012b: 293-294).

Podría decirse que, así, combatía la ignorancia de las leyes armónicas por parte de los comerciantes y del poder político con la ingeniería moral transespacial ya referida. Pero lo interesante de su concepción es que lejos de confiar en el desempeño moral de las personas, insiste en hacerlo en el designio divino; es decir, en el hecho de que más allá de lo que a primera vista pareciera producir el accionar humano, desde un punto de vista mayor se estaría produciendo una armonía resultante de la dinámica generada entre los sentimientos y entre estos y las causas que los suscitan, de forma similar a cómo dice que se conjugarían los intereses contrapuestos entre sí en el mercado.

Esta concepción que contiene importantes rasgos de aparente contradicción, se sostendría en virtud de la armonía que gobierna toda polaridad, un principio que es clave en el hermetismo. Es por todo esto que, para comprender las dificultades que plantea esta obra, es fundamental animarse a ir un poco más allá.

Así, en la filosofía política de Smith pareciera reinar una cosmovisión similar a aquella que enuncia la doctrina hermética expresada en *El Kybalion* (Anónimos, 2003: 45-54). Allí se dice que si bien existen leyes y principios divinos que regirían la totalidad del universo, el ser humano no tiene garantizado su conocimiento total ni parcial. Pero aún en el caso de que lo obtuviera parcialmente a través de la requerida y ya referida sensibilidad (el conocimiento total sólo pertenece a la deidad), sería importante que tenga la sabiduría adecuada para detectar que es necesario observar lo conocido ya sea en su forma absoluta como relativa.

Desde el punto de vista absoluto, lo único real sería el todo armónico, es decir una especie de imagen que va más allá de la física de lo especular a la que nuestros sentidos nos tienen acostumbrados. En cierta forma, podría parecerse a la consideración que se tendría sobre el universo desde la posición del espectador imparcial, y a la que Smith nos invita a acercarnos a través de la imaginación y del semi-dios que habitaría en nuestro pecho.

Al mismo tiempo, dado que todo ello no pareciera poder observarse en lo que los seres humanos consideran su mundo físico real, se podría sospechar que ese todo armónico y los principios y leyes que lo construyen constituyen una mera ilusión. Pero para el hermetismo, como así también para Smith, eso no es así: es necesario utilizar la imaginación, hacerse de la sabiduría que allí se obtiene y adoptar la serenidad necesaria para comprender que aquella armonía total es lo único real aunque vaya más allá de la física especular.

Pero desde el punto de vista relativo, lo que es real son los hechos y sentimientos, tan contingentes como contradictorios y desordenados, en los cuales vemos envuelta nuestra vida, así como la moral y el mercado. Y la doctrina hermética, al igual que Smith, insiste en la imperiosa necesidad de atender este punto de vista relativo con el debido cuidado, puesto que una negación del mismo, es también una falta para con la armonía total –que, en tanto tal, obviamente incluye y requiere de lo que sucede según el punto de vista relativo-. Así como sabemos –desde un punto de vista absoluto– que aquél continuo que denominamos materia en realidad no es tal, ya que en él habría más espacio “libre” que partículas, a nadie se le ocurriría intentar atravesarla, y si alguno lo intentara chocaría con ella. Y esto se debe a que debemos respetar el punto de vista relativo, no sólo porque es ver-

dadero desde un punto de vista sino porque él también es parte de la única totalidad y, por ende, es real.

Esta paradoja divina del hermetismo es la que pareciera inspirar a Smith cuando a pesar de sostener una especie de liberalismo, lo hace no sólo confiando en una especie de dinámica externa a los seres humanos, como lo serían los principios y leyes de la armónica deidad cósmica, sino también en que estos a su vez estarán operando a través de los vicerrectores y de los semidioses inscriptos en el pecho de los seres humanos; y esto último no sólo para que lleven adelante un accionar moderado en el marco del liberalismo, sino también para que construyan políticamente a este último con reglas de conducta que funcionen “como si fuesen divinas” por estar en sintonía con los principios y leyes de la deidad.

La paradoja universal divina del hermetismo pareciera estar así presente en la filosofía política de Smith. Por ende, hasta tanto no atendamos aquella paradoja, consideramos que difícil será entender las razones por las cuales Smith pareciera tener una posición tan ambivalente con respecto a la intervención divina y/o de los hombres en la política.

V. CONCLUSIÓN: DESESTRATIFICACIÓN Y PRESENCIAS COMPLEJAS EN ADAM SMITH

La obra de Smith fue un campo de lucha y muchas de sus ideas escritas fueron desdibujadas para convertirse en el bagaje intelectual de una serie de corrientes políticas alineadas al liberalismo (e incluso a uno radical). Asimismo, pudimos ver que gran parte de esas lecturas sobre-impuestas se constituyeron sobre otro desdibujamiento previo realizado sobre la obra de Newton, una fuente clave de las especulaciones smithianas. Es como si un prisma de lectura, mecanicista e instrumentalmente matemático, hubiera operado sobre aquellas obras que si bien resultaban en una parte sumamente útiles para el devenir de la modernidad, en lo que respecta a lo restante constituía una amenaza quizá demasiado importante para la época.

Por otra parte, durante el texto pudimos dar cuenta de algunas herramientas indispensables para saber dónde encontrar el pensamiento de Smith, si en la superficie del mecanicismo fenoménico constituido por el newtonianismo y su espíritu pragmático o en las honduras de los principios de la filosofía natural newtoniana y su espíritu místico. Esta duda que, como vimos, se le aplicó a Smith, es la que implícitamente constituyó gran parte de los debates sociales, morales, económicos, teológicos, jurídicos y políticos de la modernidad. Y es por eso que todavía vale para nosotros. Debemos entonces celebrar la reapertura de las lecturas sobre Smith (Montes y Schliesser,

2006), pero esta vez quizá sea necesario utilizar otras estrategias, reglas y principios, así como también atender adecuadamente el multifacético trabajo al que se encomendaban los filósofos de su talla.

En este sentido, quizá sea interesante recurrir a un libro que se preocupó por establecer los posibles lazos entre el deseo de los seres humanos y la economía política para la modernidad. En el *Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, al hablar del padre del psicoanálisis, Gilles Deleuze y Félix Guattari dejan entrever lo esencial del pensamiento, de la forma de trabajar y del objetivo de Smith. Dicen: “Freud es el Lutero y el Adam Smith de la psiquiatría. Moviliza todos los recursos del mito, de la tragedia, del sueño, para volver a encadenar el deseo, esta vez en el interior: un teatro mínimo” (1985: 279). En cierto sentido, podríamos decir que a lo largo del trabajo, pudimos dar cuenta no sólo del teatro interior, místico sino hermético, al que nos invita Smith a través de los semidioses en el pecho de los seres humanos y sus reglas de conducta, sino también aquello que hace posible el teatro gracias a la influencia de la armonía de las esferas y otras doctrinas provenientes del hermetismo y muy posiblemente pasadas por el tamiz newtoniano. Como pudimos notar, el teatro mínimo smithiano, en donde los seres humanos son arrojados a la potencialidad de una transespacialidad en donde hacerse de un saber paradójal respecto al modo de llevar adelante sus acciones y establecer leyes, constituye un eje clave para poder comprender sus posiciones morales, sociales, económicas y sobre todo políticas.

Como decíamos al comienzo, aun cuando hayamos puesto sobre la superficie una posible influencia mística en la obra de Smith, todavía queda trabajo por hacer en lo relativo a evaluar el grado de pertinencia de dicha “caja de herramientas” para nuestra actualidad política. Y aunque algunas de esas críticas ya comenzaron a establecerse, por ejemplo respecto de los presupuestos de la armonía (Ludueña Romandini, 2013), será preciso continuar abriendo nuevos senderos en este bosque cósmico que se presenta sumamente denso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ackroyd, P. (2012). *Newton. Una biografía breve*. México: Fondo de Cultura Económica. Anónimo (1978). *La Tabla de Esmeralda*. En: *El Kybalión. La Tabla de Esmeralda*. Madrid: Editorial Adaf.
- Anónimos (2003). *El Kybalión: tres iniciados. Un estudio sobre la filosofía hermética del antiguo Egipto y Grecia*. Barcelona: Luis Carcamo Editor.
- Beresñak, F. (2017). *El imperio científico. Investigaciones político-espaciales*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

- Borisonik, H. (2018). Teoría y praxis: algunas medidas políticas de Locke, Newton y Smith. *Filosofía de la Economía (FCE-UBA)*, Vol. 7, Nro. 1, 49-63.
- Castillo Girón, V. M. y Vargas-Hernández, J. G. (2017). El liberalismo económico de la escuela de Salamanca y su influencia en el desarrollo institucional y organizacional. *Economía*, Vol. XLII, Nro. 43. Recuperado de: <https://goo.gl/BjB519>.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Gregory, J. C. (1834). Notice concerning an Autograph Manuscript by Sir Isaac Newton. *Transactions of the Royal Society of Edinburgh*, 12, 64-76 (MS 247, folio 1).
- Henry, J. (2008). Isaac Newton: ciencia y religión en la unidad de su pensamiento. *Estudios de Filosofía*, Nro. 38, 189-226.
- Jámblico de Calcis (2011). Sobre la vida pitagórica. En: Hernández de la Fuente, D. (Comp.), *Vidas de Pitágoras (240-345)*. Girona: Ediciones Atalanta.
- Kepler, J. (1992). *New Astronomy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1997). *The Harmony of the World*. Philadelphia: Field.
- Ludueña Romandini, F. (2013). Astrophobos o la in-harmonía mundi: glosas a la obra poética de H. P. Lovecraft. *Landa*, Vol. 1, Nro. 2, 175-196. Recuperado de: <https://goo.gl/dMcTUy>.
- McGuire, J. E. y Rattansi, P. M. (2007). Newton y las “Flautas del Pan”. *Estudios de Filosofía*, Nro. 35, 149-187. Recuperado de: <https://goo.gl/nes7Gd>.
- Montes, L. (2006). Sobre el newtonianismo y la teoría del equilibrio económico general de Adam Smith. *Estudios Públicos*, 104, 247-277.
- y Schliesser, E. (2006). *New Voices on Adam Smith*. Londres: Routledge.
- Newton, I. (1962). De Gravitatione. En: Hall, A. R. y Hall, M. B. (Eds.), *Unpublished Scientific Papers of Isaac Newton*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1977). *Óptica, o tratado de las reflexiones, refracciones, inflexiones y colores de la luz*. Madrid: Alfaguara.
- (2009). Las flautas de Pan. En: Godwin, J. (Ed.), *La Armonía de las Esferas (388-391)*. España, Ediciones Atalanta.

- (2011). *Principios matemáticos de la filosofía natural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rodríguez Braum, C. (2012). Estudio preliminar. En: Smith, A., *La Teoría de los sentimientos morales* (7-35). Madrid: Alianza Editorial.
- Schliesser, E. (2005). Some Principles of Adam Smith's Newtonian Methods in the Wealth of Nations. *Research in the History of Economic Thought and Methodology*, 23, 1, 33-74.
- (2010). Copernican Revolutions Revisited in Adam Smith by way of David Hume. *Revista Empresa y Humanismo*, XIII, 1, 213-248.
- Schüler, V. (2001). Newton's *Scholia* from David Gregory's Estate on the Propositions IV through IX Book III of his *Principia*. En: Lefevre, W. (Ed.), *Between Leibniz, Newton, and Kant* (213-265). Dordrecht: Kluwer Academic.
- Smith, A. (1995). *Lecciones sobre jurisprudencia*. Granada: Editorial Comares.
- (2012a). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2012b). *La Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.